

El comentario de Marcelino Viera es parte del intercambio vía e-mail entre el autor y Sandra Filippini. Consideramos que es una interesante resonancia previa a su publicación y por eso decidimos incluirla en esta misma sección de Polemos.

Comentario de Marcelino Viera¹ al texto de Sandra Filippini

Desde hace un tiempo que la máxima lacaniana (“Mejor pues que renuncie quien no pueda unir a su horizonte la subjetividad de su época”) me interpela con cierta desconfianza.

Te hago el planteo entonces del malestar (por favor, perdoná lo burdo de la exposición como también la falta de precisión... esto no deja de ser un email). La referencia, en esta cita, de Lacan a Hegel es clara. Dentro del pensamiento hegeliano se entiende que la “razón” encuentra su asentamiento en el ser cuando el individuo se “une” (no creo que sea esta la palabra correcta) al espíritu de la Historia. Una suerte de “eureka” (“consciencia desdichada” la llama él...) un poco dolorosa se une al conocimiento—para los hegelianos cristianos de la época, divino; y para la famosa izquierda hegeliana será la disolución de las clases sociales con la primacía de una historia materialista—, a modo de vuelo de Minerva en la noche oscura y psicótica. Ese desenvolverse del espíritu corresponde a la negatividad que, como si fuera un tetrax donde las piezas se acomodan en su caída, es ordenada por los “usos” de la razón.

La máxima de Lacan entonces, y bajo esta óptica hegeliana, diría que el sujeto tiene que “unirse” a la corriente del espíritu de la Historia. Mucho del problema de esto surge de Heidegger y la referencia “epocal” que hace Lacan. Cuando pensamos en la época después de Heidegger ya no lo podemos hacer en términos “ascendentes” en un espiral histórico motorizado por las “contradicciones” que despierta el “buen” (estoy siendo irónico acá) uso de la razón. Con las “épocas” en Heidegger ya estamos hablando de una suerte de cosmos históricos, como macizos al modo de las esculturas del artista vasco Chillida, donde los “bloques” no tienen “orientación” y son una continuidad de la que solo el “límite” expresa su agotamiento histórico. Ustedes los psicoanalistas saben mucho de todo esto, lo ven a diario en su trabajo. Hay un punto, azaroso tal vez pero seguro que sin referencia, en donde el hablar de un analizante hace un “giro” marcando una pequeña diferencia montada sobre el agotamiento de la repetición. Ese

¹ Marcelino Viera, *Associate Professor of Spanish & Latin American Studies. Michigan Technological University. Department of Humanities.*

sería para Heidegger la señal del “límite”, de los bordes internos de una época.

Entonces, acá viene finalmente mi propuesta de lectura a “Mejor pues que renuncie quien no pueda unir a su horizonte la subjetividad de su época” que marca dos dificultades: 1) “renunciar” es lo único y mejor que cualquier ser pueda hacer en la época. 2) leer la máxima tal cual como está tiene un tizne conservador que, a mí, me asusta un poco.

1) Sabemos que la “época” que nos tocó vivir de manera interesante o no, es la que hay más allá de la voluntad del individuo-sujeto que se enuncia en ella. En el caso de que se pueda, lo mejor sería que ese individuo-sujeto “renuncie” a una “subjetividad” que, como sabemos y ustedes los psicoanalistas más que nadie en su des-anudar subjetividades atadas a usinas de subjetividad nocivas (como por ejemplo el género sexual, el parental, laboral, de clase social, etc.), produce dolor y angustia. La “renuncia” sería tal vez señal de un “límite” de época donde la “negatividad” (la noche donde Minerva despega su vuelo) de paso no a los “usos” de la razón sino a su “sensibilidad”.

2) “Quien no pueda unir a su horizonte la subjetividad de su época” tiene el sentido-dirección de un mandato conservador de las fuerzas de la época ya subyacentes en los individuos-sujetos. La “subjetividad de su época” es una suerte de “rector” al que hay que unirse. Sabemos que la subjetividad hace referencia al “deseo”, a su objeto a , pero desde lo que “falta”: una suerte de minúscula a cargada de negatividad en los rieles del discurso histórico. Otra vez volveríamos a la discusión sobre “cuánto es demasiado” y a las ecuaciones sobre la equivalencia guiadas por ese “rector” de la época (la famosa hermenéutica moderna de Foucault).

Después de escribir todo esto, me viene a la cabeza la distinción que ustedes hacen sobre el plus-de-goce, eso que cosquillea en el objeto a como bonificación. Tal vez que el “reinventarse” en la clínica pase por los placeres adjuntos a la erótica digital... ¿tal vez que se trate de “masturbarse” más con el porno digital? O ¿tal vez que se trate de recibir “E”-mails de amor (como escribe el autor que a ustedes les gusta tanto, Preciado)? O tal vez que la pantalla electrónica sea el velo-droga-estimulante que cubre el agite del propio cuerpo. Será cuestión entonces de “experimentar” algunas locuras por internet.